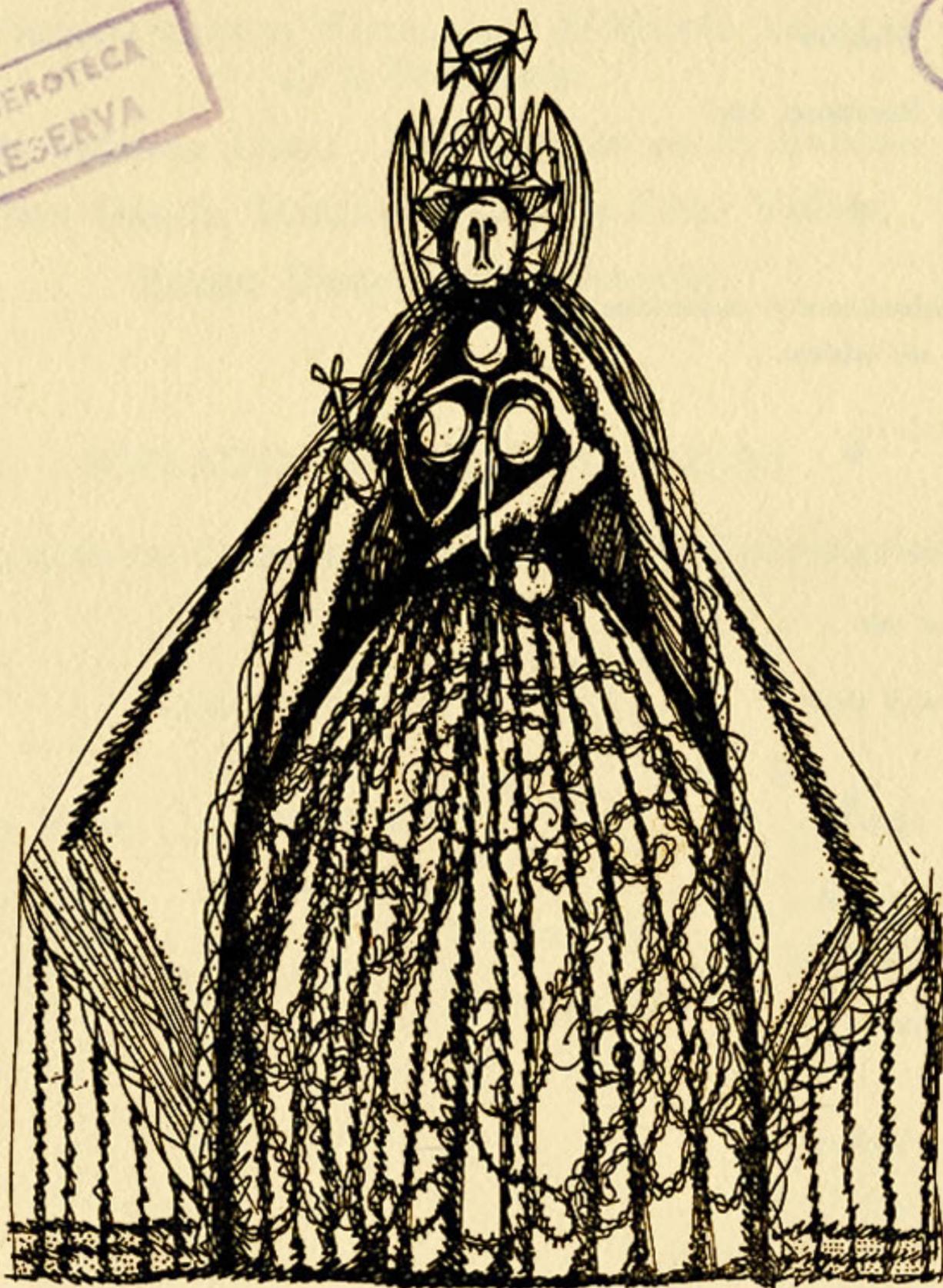


ORIGENES

REVISTA DE ARTE Y LITERATURA

HEMEROTECA
RESERVA

BIBLIOTECA NACIONAL
JOSE MARTI
HABANA 1946



LA HABANA

Primavera

1946

ORÍGENES

REVISTA DE ARTE Y LITERATURA

EDITORES:

JOSÉ LEZAMA LIMA - JOSÉ RODRÍGUEZ FEO



Todas las colaboraciones y traducciones
son inéditas.



Ejemplar suelto \$ 0.50
Suscripción al año „ 2.00
Suscripción en el extranjero „ 2.50



Redacción y Administración:

J. RODRÍGUEZ FEO, Calle B, entre 12 y 14.
Reparto Almendares. La Habana, Cuba.

Talleres:

Imprenta ÚCAR, GARCÍA Y CÍA.
Teniente Rey, 15 — La Habana, Cuba

SUMARIO

ST. JOHN PERSE: *Lluvias*

MARÍA ZAMBRANO: *Los males sagrados: la envidia*

T. S. ELIOT: *East Cooker*

LYDIA CABRERA: *Jicotea esta noche fresca*

ANGEL GAZTELU: *Suite Ecuestre*

JOSÉ CÁRDENAS PEÑA: *Sonetos*

OSCAR GONZÁLEZ HURTADO: *Sonetos a la ceiba*

JOSÉ LEZAMA LIMA: *Cangrejos, golondrinas*



Portada de Diago

SUMARIO

ST. JOHN PERSE: *Lluvias*

MARÍA ZAMBRANO: *Los males sagrados: la envidia*

T. S. ELIOT: *East Cooker*

LYDIA CABRERA: *Jicotea esta noche fresca*

ANGEL GAZTELU: *Suite Ecuestre*

JOSÉ CÁRDENAS PEÑA: *Sonetos*

OSCAR GONZÁLEZ HURTADO: *Sonetos a la ceiba*

JOSÉ LEZAMA LIMA: *Cangrejos, golondrinas*



Portada de Diago

Biblioteca Nacional JOSE MARTI

HEMEROTECA

DUPLICADO

~~ORIGENES~~

AÑO III

LA HABANA, 1946

NÚM. 9

Lluvias

EL árbol Banyan de la lluvia saca sus cimientos de la Ciudad,
Un polípero precoz muestra sus bodas de coral en toda esta leche de agua viva,
Y la idea desnuda como un peleador en sus redes peina en los jardines del
pueblo su cabellera de doncella.

Canta, poema, con pregones de agua la inminencia del tema,
Canta, poema, con huellas de agua la evasión del tema:
Una elevada licencia en los flancos de las Vírgenes proféticas.

Una eclosión de ondas de oro en la noche salvaje del limo tostado,
Y mi lecho elaborado, oh fraude, en los confines de ese sueño,
Allí donde se aviva y crece y vuelve a caer la rosa obscena del poema.

Señor terrible de mi risa, aquí está la tierra humeando en el asado jabalí,
La arcilla viuda bajo el agua virgen, la tierra lavada de los pasos de los hombres
insomnes,
Y, aspirada más cerca como un vino ¿no es cierto que provoca la pérdida de
la memoria?

Señor, Señor terrible de mi risa! he aquí el reverso del sueño sobre la tierra,
Como la respuesta de las altas dunas a los embates del mar, aquí, aquí,
La tierra como una costumbre secreta, la hora nueva en sus pañales y mi
corazón visitado por una extraña vocal.

II

Nodrizas muy sospechosas, acompañantes con los ojos velados por la vejez,
oh lluvias por quien

El hombre insólito conserva su casta ¿qué diremos esta noche de quien sondea
la cumbre de nuestra vigilia?

¿Sobre que nuevo lecho, de cual inseparable cabeza derivaremos todavía la
chispa valedera?

Enmudecidos los Andes sobre mi techo, ruge mi aclamación, y eso es para
vosotros, oh lluvias!

Llevaré mi angustia delante de vosotros: en la punta de nuestras lanzas el
más claro de mis bienes!

La espuma en los labios del poema como una leche de coral.

Y esa que danza como un encantador de serpientes en el pórtico de mis frases,

La idea más desnuda que una espada en la lucha de las facciones,

Me enseñará el rito y la medida contra la impaciencia del poema.

Señor terrible de mi risa, guárdame de la confesión, de la acogida y del canto,

Señor terrible de mi risa, cómo ofenden los labios del aguacero,

Cuánto fraude consumido por nuestras altas migraciones.

En la noche clara del mediodía, adelantamos una proposición sobre la

Nueva esencia del ser... Oh humaredas que voláis sobre la piedra del atrio!

Y la lluvia tibia sobre nuestros techos hizo bien en apagar la lámpara en
nuestras manos.

III

Hermanas de los guerreros de Assur eran las altas lluvias galopando sobre la
tierra:

Cascos de plumas y penachos, espoliados por la plata y el cristal,

Como Dido removiendo el marfil en las puertas de Cartago.

Como la esposa de Cortés, ebria de arcilla y pintura, rodeada de grandes yerbas
apócrifas...

Ellas avivaron con la noche el azul al paso de nuestras armas,

Ellas plantaron el Abril en el fondo del espejo de nuestras cámaras!

Y yo no me cuido de olvidar sus pisadas en el pórtico de las cámaras de
ablución;

Guerreros, oh guerreros, por la lanza y el acero aguzados contra nosotros,

Bailarinas, oh bailarinas, multiplicadas por la danza y la atracción.

Estas son las armas abrazadas, éstas son las doncellas por carretas, una dis-
tribución de águilas a las legiones.

Un levantarse de picas por las calles para los más jóvenes pueblos de la tierra,
haces rotos de vírgenes disolutas,

Oh grandes cosechas no ligadas, la amplia y viva cosecha invertida en los brazos
de los hombres.

...Y la Ciudad es de cristal sobre su zócalo de ébano, la ciencia en la boca
de las fontanas,

Y el extranjero lee en nuestros muros las grandes noticias de Annona.

Hay frescura en nuestros muros, donde la Indiana esta noche habitará la casa
del vecino.

IV

Relaciones hechas al Edil; confesiones hechas en nuestras puertas... Matadme,
dichas!

Una lengua nueva por todas partes ofrecida! Una frescura de aliento por el
mundo,

Como el soplo mismo del espíritu, como la misma cosa proferida,

Aun el ser, su esencia; aun la fuente, su nacimiento:

Ah toda la efusión del dios salobre sobre nuestros rostros, y esa brisa en flor

Azuleando al borde de la yerba y adelantándose a las más lejanas disidencias.

Nodrizas muy sospechosas, oh sembradora de esporas, de semillas y de especies
lígeras,

Qué caminos a través de cuales alturas nos traicionan,

Como a los pies de la tempestad los más bellos seres lapidados sobre la cruz
de sus alas.

¿Qué visitáis tan lejos, que es necesario que soñemos y en soñar perdamos la vida y aun soñemos?

¿Y de qué otra condición nos hablaríais tan bajo que perdemos la memoria?

¿Por traficar entre nosotros con cosas santas, desertáis de nuestras camas, oh simoníacos?

En el fresco comercio con la niebla, allí donde el cielo madura su gusto de yaro y ventisquero,

Frecuentáis el relámpago lujuriente y en la albura de las grandes auroras laceradas,

En el puro velo rayado de una atracción divina, nos dices, oh lluvias, que nueva lengua solicitará para vosotras la gran unción del fuego verde.

V

Sabíamos que vuestra cercanía fué plena de grandeza, hombres del pueblo, sobre nuestras magras escorias,

Pero nosotros habíamos soñado con las más altas confianzas al primer soplo del chubasco,

Y vosotras nos restituís, oh lluvias!, a nuestra instancia humana, con este gusto de arcilla bajo nuestras máscaras.

¿En los más altos parajes buscaremos nuestra memoria?... o si tenemos que contar el olvido por las biblias de oro de los bajos follajes?

Nuestra fiebre pintada sobre los tuliperos de sueño, la marcha sobre los ojos del estanque y la piedra rodada sobre la boca de los pozos, esos son bellos temas para elaborarlos de nuevo,

Como rosas ancianas en las manos de los inválidos de guerra... La colmena aun está en el huerto, la infancia en las prolongaciones del viejo árbol y la escala prohibida en la bella viudez del relámpago...

Dulzura del ágave, del áloe, insípida la estación en el hombre sin error! Esta es la tierra cansada por las quemaduras del espíritu.

Las lluvias verdes se pintan en las ventanas de los banqueros. Sobre las telas tibias de las lluvias se borraré el rostro de los dioses mujeres.

Y las ideas nuevas vienen a las mesas de los Edificadores de Imperios a rendirles cuenta. Todo un pueblo mudo se levanta en mis frases en los grandes márgenes del poema.

Levantad, levantad, en lo más alto de los promontorios, los catafalcos de los Hapsburgos, las altas hogueras del hombre de guerra, los altos colmenares de la impostura.

Acechad, acechad, en lo más alto de los promontorios, los grandes osarios de la otra guerra, los grandes osarios del hombre blanco donde la infancia fué fundada.

Y que se orece sobre su silla, sobre su silla de hierro el hombre víctima de las visiones que provocan a los pueblos.

Nosotros no terminaremos de ver arrastrado sobre la extensión de los mares la humareda de los grandes espectáculos donde se carboniza la historia.

Mientras en las Cartujas y en las Leprosas, un perfume de termes y de frambruesas blancas hace surgir de los mimbres a los Príncipes valetudinarios:

Yo tenía, yo tenía ese gusto de vivir entre los hombres y he ahí que la tierra exhala su alma de extranjera.

VI

Dejad que ese hombre herido por esa soledad vaya a colgar en los santuarios la máscara y el cetro de mando.

Pero yo llevo la esponja y la hiel a las heridas de un viejo árbol cargado con las cadenas de la tierra.

“Yo tenía, yo tenía ese gusto de vivir lejos de los hombres y he aquí que las lluvias...”

Tránsfugas sin mensajes. Oh mimos sin rostros, vosotros conducís a los confines de muy bellas siembras!

Hacia qué bellos fuegos de pastos los hombres desvían tus pasos en la noche, por qué historias descubiertas

Ante el fuego de las rosas en los cuartos, en los cuartos donde vive la sombría flor del sexo.

Codicíais nuestras mujeres y nuestras hijas detrás de la reja de sus sueños (Son los cuidados de las ancianas)

En lo más secreto de los cuartos, puros oficios que nos llevan a pensar en el tacto de los insectos...

No sería mejor que entre nuestros hijos espigásemos el amargo perfume viril de los correajes de guerra (como un pueblo de Esfinges, cargado de cifras y de enigmas, disputa el poderío en la puerta de los elegidos...)

¡Oh lluvias por las que los trigos salvajes invaden la Ciudad y los paredones de piedra se erizan de irascibles cactus,

Bajo mil pasos nuevos son mil piedras nuevas alegremente visitadas... Detrás de las ventanas refrescadas por una invisible pluma, rendid vuestras cuentas, tallistas de diamantes!

Y el hombre duro entre la muchedumbre, se sorprende al soñar con los líquenes de las arenas... "Yo tenía, yo tenía este gusto de vivir sin dulzura y he aquí que las lluvias..." La vida asciende sobre las tempestades en el ala del desprecio.

Pasad, mestizos, y dejadnos en nuestro acecho... Así abreva de lo divino cuya máscara es de arcilla.

Toda piedra lavada de los signos del camino, toda hoja lavada de los signos de la adoración, es la tierra regenerada de la tinta de los copistas...

Pasad y dejadnos con nuestras más viejas costumbres. Qué mi palabra todavía me anteceda! y cantaremos todavía el canto de los hombres que pasan, el canto agudo del vigía:

VII

Innombrables son nuestros caminos y nuestras moradas inciertas. Así abreva de la divinidad cuyos labios son de arcilla. Vosotros lavadores de los muertos en las aguas madres de la mañana, y esta es la tierra todavía en las zarzas de la guerra, lavad también la casa de los vivos; lavad, oh lluvias, el rostro triste de los violentos, el rostro dulce de los violentos, pues angostos son sus caminos y sus moradas inciertas.

Lavad, oh lluvias, el lugar de piedra para los fuertes. En las grandes mesas se sentarán, bajo el arco de sus fuerzas, aquellos que nunca se embriagaron con el vino de los hombres, aquellos que nunca se mancillaron con el gusto de las lágrimas y de los sueños, aquellos que no se preocuparon por sus nombres dichos en las trompetas de huesos... en las grandes mesas se sentarán, bajo el arco de su fuerza, en el sitial de piedra de los fuertes.

Lavad la duda y la prudencia con los pasos de la acción, lavad la duda y la decencia del campo de la visión. Lavad, oh lluvias, lavad la nube sobre el ojo del hombre de bien, sobre el ojo del hombre bien pensante; lavad la nube sobre el ojo del hombre de buen gusto, sobre el ojo del hombre de buen tono; la nube del hombre de mérito, la nube del hombre de talento, lavad la escama sobre el ojo del Maestro y del Mecenaz, sobre el ojo del Justo y del Notable... sobre el ojo de los hombres cualificados por la prudencia y la decencia.

Lavad, lavad la benevolencia en el corazón de los grandes Intercesores, el buen decoro en la frente de los grandes Educadores y las manchas del lenguaje en los labios públicos. Lavad, oh lluvias, la mano del Juez y del Preboste, la mano de la partera y de la amortajada, la mano lamida por los enfermos y los ciegos, y la mano baja en la frente de los hombres que sueñan aún con riendas y foetes... con el asentimiento de los grandes Intercesores, de los grandes Educadores.

Lavad, lavad la historia de los pueblos de las grandes mesas de la memoria, los grandes anales oficiales, las grandes crónicas de la clerecía y los boletines académicos. Lavad las bulas y los títulos y los Memoriales del Tercer Estado; los Conventos, los Pactos de Alianza y los grandes actos federativos; lavad, lavad, oh lluvias, todos los velos y todos los pergaminos, color de muro de asilo y de leproserías, color de marfil fósil y de viejos dientes de mulas... Lavad, lavad, oh lluvias, las grandes mesas de la memoria.

Oh lluvias, lavad de los corazones de los hombres los más bellos dichos del hombre: las más bellas sentencias, las más bellas secuencias, las frases mejor hechas, las páginas mejor nacidas. Lavad, lavad en el corazón del hombre su gusto de cantilenas, de alegrías; su gusto de villanelas y de rondeles; sus grandes aciertos de expresión; lavad la sal del aticismo y del eufuismo; lavad la cama del sueño y la pajiza cama del saber: en el corazón del hombre sin desprecio, en el corazón del hombre sin asco, lavad, oh lluvias!, los más bellos dones del hombre... en el corazón de los hombres mejor dotados para las grandes obras de la razón.

VIII

El árbol Banyan de la lluvia pierde su asiento sobre la Ciudad. Al viento del cielo la cosa errante.

Y así vino a vivir entre nosotros. Y usted no negará que todo eso va a parar a la nada.

Quien quiera saber las transformaciones de la lluvia en marcha por la tierra que venga a vivir sobre mi techo, entre los signos y los presagios.

Rotas promesas! Inasibles semillas! Y humo sobre la cabaña de los hombres! Que venga la claridad, ah!, que nos abandona!... Y reconduciremos a las puertas de la Ciudad,

Las grandes lluvias en marcha bajo el Abril, las altas lluvias en marcha bajo el foete como una Orden de Flagelantes.

Hé nos aquí entregados más desnudos a este perfume de humus y de benjuí, donde despierta la tierra con el gusto de una virgen negra.

Es la tierra más fresca en el corazón de los helechos, el afloramiento de los grandes fósiles con magras chorreantes.

Y en la carne desgarrada de las rosas después de la tempestad, la tierra, la tierra todavía con el gusto de la mujer hecha mujer.

Es la ciudad más viva en los fuegos de mil espadas, el vuelo de las consagraciones sobre los mármoles, el cielo todavía sobre el surtidor de las fuentes.

Y la puerca de oro sobre su obelisco en la plaza desierta. Este es el esplendor de los pórticos de cinabrio; la bestia negra, guarnecida de plata, en la puerta más baja del jardín;

Es el deseo todavía en el flanco de las jóvenes viudas, de las jóvenes viudas de los guerreros, como grandes urnas vueltas a sellar.

Es la frescura que salta a las cimas del lenguaje, la espuma todavía en los labios del poema,

Y el hombre aun prisionero de las ideas nuevas que cede a los surgimientos de las grandes marejadas del espíritu:

"El bello canto, el bello canto ahí sobre la disipación de las aguas"... y mi poema, oh lluvias!, que no será escrito.

IX

Se acerca la noche, las rejas están cerradas. ¿Qué pesa el agua del cielo en el bajo imperio de las espesuras?

¡En la punta de las lanzas el más claro de mis bienes!... Y todas las cosas iguales en la balanza del espíritu,

Señor terrible de mi risa, llevad esta noche el escándalo a los más altos lugares.

Pues tales son vuestras delicias, Señor, en el árido pórtico del poema, donde espanta mi risa los verdes pavos reales de la gloria.

SAINT JOHN PERSE

(Traducción de J. LEZAMA LIMA.)

Los Males Sagrados: La Envidia

(FRAGMENTO)

La envidia es la primera forma de parentesco.

UNAMUNO.

LOS MALES SAGRADOS

Existen males sagrados, antiquísimos males que azotan al cuerpo mortal del hombre. La lepra, la epilepsia y algunos otros que la medicina científica no ha logrado todavía reducir el concepto de enfermedad, sustrayéndolos de ese territorio en que el alma humana siente la maldición, el estigma. No son simplemente enfermedades, sino señales, marcas de algo que parece no puede hacerse visible sino de esta horrible manera. Pero el estigma es muchas veces, huella y efigie de un objeto lejano y amado que ha descendido a dejar su impresión como prenda cierta de semejanza en el ser en que ha caído. Los males sagrados son estigmas, porque señalan y mantienen aparte al ser hollado por ellos.

Y este apartamiento de quien sufre un mal sagrado le señala como algo o alguien de otro mundo. La barrera que le separa de los demás no es una cualidad, sino la señal de que algo de otro mundo le posee y como no puede enteramente no estar en este visible, se descompone. Como si en tales males se mostrase la lucha incesante de los modos de ser en una misma existencia, ninguno capaz de vencer, seres arrebatados a la vida en

que están por algo o alguien que no pudiendo hacerlo por completo se contenta con marcarlos.

Tales enfermedades parecen tener su trasunto en la vida moral, espejo de los verdaderos males sagrados, que se asientan en el alma de los mortales. Podemos reconocerlos en diversos caracteres. El primero parece ser el del respeto que inspiran, respeto que traza un círculo de silencio en torno. Este vacío es la primera manera de padecimiento exasperante para quien lo sufre.

La envidia corresponde sin duda a esta clase de males. A pesar de lo mucho que de ella se ha hablado, siempre le produce un círculo de silencio en torno suyo cuando aparece. Impone respeto e imprime carácter y como ninguno otro mal sitúa lejos y aparte a quien la padece imprimiéndole un estigma. No es una pasión exactamente y aun la idea de pecado parece dejar escapar algo de su esencia, pues pecado es también la avaricia o la ira y no tienen ni el carácter de estigmas ni ningún otro de los múltiples que señalan a los males sagrados y que por el momento encerramos en ese vacío, en ese silencio apretado que se

hace en torno suyo. Pertenecen al mundo de lo sagrado. Y la primera acción de lo sagrado es enmudecer a quienes lo contemplan.

Aunque este enmudecimiento y este silencio tal vez no sea la primera reacción que hayan experimentado los hombres, sino solamente la defensa contra algo de lo sagrado, algo que hace temer o esperar el contagio, la contaminación. Contagio, contaminación, que lo sagrado produce en el mundo. Y en su virtud sea este el primer carácter que tendríamos que reconocerle para identificar a estos males sagrados: la acción contagiosa, ante la cual en determinadas situaciones la conciencia humana, el saber o la experiencia, levanta ese muro de silencio y respeto. El respeto viene a ser nada más que la acción defensiva ante la capacidad contaminadora de lo sagrado. "Respeto sagrado", es decir respeto para que lo sagrado no nos contamine, muro que marca la diferencia de vida, de planos vitales; límite y frontera de nuestro ser y de otra realidad tremenda infinitamente activa y repelente a un tiempo.

SEÑALES DE LO SAGRADO: LA DESTRUCCION

Actividad incesante en su foco último, contagio en su contacto con nosotros, parece ser la primera manifestación de lo sagrado. Contagio no siempre de males. Más bien, el mal sagrado es como estigma, mal en quien se imprime, pero no un anuncio de un mal análogo del

foco de donde irradia, extraña ambivalencia, vacilación esencial, definitoria de los males sagrados que parecen ser un mal tanto más terrible porque el foco de donde procede puede muy bien no serlo; como si el mal estuviese solamente en haberse dejado contagiar, en haberse acercado a algo que no debía, en haber sido arrebatado y contaminado por ese algo infinitamente activo. Por eso estos estigmas no son retratos, huellas, sino contagios, contaminaciones.

Y tales contagios toman la forma caprichosa y arbitraria, la forma informe propia de lo que no es ni puede quizá ser, las múltiples, infinitas formas de la destrucción. Todos los males sagrados, los físicos y los morales, no aparecen con forma y figura propia, sino como algo inapresable, huidizo y sin definición. Tal vez en ello estribe una de las analogías de las enfermedades corpóreas por su carácter irreductible a forma y dotadas de una sorprendente actividad. Es la destrucción, la destrucción en marcha que no produce forma alguna, que no es un cuerpo en otro cuerpo, ni tiene figura; que es múltiple, acción huidiza, incaptable.

La destrucción con carácter ilimitado, capaz de alimentarse a sí misma perdurando en un proceso inacabable del que no se vislumbra el término. Destrucción que se alimenta de sí misma, como si fuese la liberación de una oculta fuente de energía y que remeda así a la pureza activa y creadora, su contrario. Tal es la ambivalencia radical de lo sagrado.

Distingamos, pues de la simple destrucción, que tiene un límite fijado de antemano—cosa sumamente tranquilizadora—esta otra destrucción propiamente sagrada, sin término y sin fin. Destrucción pura que encuentra alimento en sí misma. Las enfermedades corporales que aparecen de esta manera son portadoras de una promesa de vida inacabable como si el mal para poder persistir cuidara de la duración de su presa. Las llamadas comúnmente *pasiones*, como la envidia, destruyen al ser que la padece y que al mismo tiempo cobra brío por ella misma, el consumido por la envidia encuentra en ella su alimento. Una destrucción que se alimenta a sí misma; tal parece ser la primera definición de la envidia.

Y mientras lo sagrado vive y se manifiesta fuera del hombre, puede oponérsele ese muro del respeto aislador. Respeto que es solamente acción defensiva que no disuelve, ni transforma lo sagrado en lo único que lo salva definitivamente: lo divino. El respeto como la resignación son actitudes defensivas, modos de resistencia y nada más, nunca modos de creación, de verdadera actividad transformadora. Lo sagrado del mundo físico fué transformado hace ya muchos siglos en lo Divino, por el pensamiento: lo sagrado de las montañas, ríos y volcanes, de los fenómenos espantables, en la divina "fysis", de la que sale la tranquilizadora noción de "naturaleza".

Más cuando lo sagrado vive en el interior del hombre, en su vida misma, cuando se asienta en su centro íntimo y

vital y conforma, destruye, su vida, alguna acción debe ser intentada para transformar la fuerza incontenible en su contrario; su contrario que lleva implícito según la ambivalencia de lo sagrado.

Ambivalencia de lo sagrado; de ahí su manifestación en señales, en estigmas, su capacidad de contagio. De ahí también la destrucción. Y respeto y resignación no valen ante sus avances, porque tal crecimiento infinito pide ser salvado. Y salvarse no es sino descubrirse al contrario, es decir, convertirse. La conversión de la envidia, ¿será posible?

En la vida humana conversión, ha de ser siempre transformación, metamorfosis, quizá transfiguración. Es decir, ascensión en la escala de las formas, ganando modos más altos del ser.

La conversión, metamorfosis de la envidia, no será un proceso absolutamente necesario en este hacerse continuo que parece constituir el ser del hombre?

AVIDEZ DE LO OTRO

Avidez de "lo otro" podría ser la forma más benévola de señalar la envidia. Y antes que la avidez, que es el sustantivo, la esencia, llama la atención el término "lo otro". Es el "lo otro" lo que toma aquí especial substantividad, destacándose.

En el mundo español, tan especialmente azotado por la envidia alguien extraordinario ha escudriñado en su fondo. Don Miguel de Unamuno, la ha abordado de dos modos: la novela "Abel Sán-

chez, historia de una pasión" y en un drama no muy advertido por la crítica y la atención pública: "El otro". El drama dice ya en su título con desnuda elocuencia lo substantivo de ese otro, que es el término, el objeto de la envidia... El otro, lo otro, substantivado. Y la genialidad del poeta llega a no dar nombres en el drama, tragedia; es el otro, el hermano. El envidioso y el envidiado no tienen nombre: son el uno y el otro, y nada, nadie más.

Tal parece ser el tormento distintivo de este mal sagrado. Tormento del uno por el otro, tormento del otro que no tendría que serlo.

Avidez de lo otro podría ser igualmente la definición del amor. Sin que pudiera ser nota distintiva el tormento producido por la envidia, porque el amor según las quejas de quienes lo padecen, es tormento en grado sumo y como la envidia. También tormento que se alimenta de sí mismo. Amor y envidia son procesos del alma humana en que el padecer no produce ninguna disminución; el padecer es alimento.

La misma definición parece convenirles. Avidez de lo otro, a esta pareja de contrarios que son envidia y amor. La ambivalencia del mundo de lo sagrado se hace manifiesta. Y esta ambivalencia es la que necesita ser interpretada.

La avides es propia de algo que necesita crecer; crecer o transformarse, dejar de ser lo que es, algo que se encuentra en estado transitorio. No tiene avides aquello que puede ya permanecer

en sí mismo, lo que tiene entidad y reposo. La avides es la llamada en lo que todavía no ha llegado a su ser, y tiende a adquirirlo de alguna manera.

Y así Platón a través de una voz sagrada, la de la sacerdotisa de Mantinea, hace al amor hijo de la carencia. Es lo que tiene de naturaleza ávida, de ansia, de necesidad hecha activa y más en el amor el objeto a que se dirige no es sentido como otro. Y sin duda que este sentido del otro o de lo otro es donde debe hallarse el abismo que separa el amor de la envidia. ¿Qué significará este otro en la envidia que tan lejos la lleva de su hermano el amor? ¿Cómo es sentido *el otro* en la envidia?

Avidez de "lo otro"; comunidad de amor y envidia, a lo menos en un primer sentido, pues bien pronto en el amor "lo otro" se transforma en lo uno. La envidia, en cambio, mantiene obstinadamente, la alteridad de lo otro, sin permitirle que toque la pureza de lo uno.

Y al mantener lo otro como otro crece la avides, llega al frenesí. El poseso de la envidia no puede renunciar a eso otro. Sin duda que en lo más íntimo de su vida algo sucede que le mantiene ligado a eso otro, extraño, y más yo que su propio yo. ¿No será que el envidioso se ve a sí mismo vivir en él?

El mundo de la tragedia griega aparece como la frustración de seres en quienes la substancia genérica no permite medrar a la figura propia. Drama entre el padre, ese padre que representa a los padres todos y el hijo. Parece haber

sido el drama más terrible de la antigüedad. Ningún héroe de tragedia alcanza la soledad, esa soledad necesaria para ser uno mismo. Pues en verdad la identidad personal nace de la soledad, de esa soledad que es como espacio vacío necesario que establece la discontinuidad. Parece haber sido necesario pasar como un acto en la historia ese período del desamparo humano, del final del mundo antiguo, para que pueda nacer el hombre solo, el hijo, el hombre verdadero.

La resistencia genérica en el incesto trágico parece estar muy relacionada con la envidia, forma de parentesco trágica en que el uno no puede desprenderse del otro, en que el llamado a ser uno, no encuentra su unicidad y se siente vivir en el otro.

LA VISION DEL SEMEJANTE

Verse vivir en otro, sentir al otro de sí mismo sin poderlo apartar. El envidioso que parece vivir fuera de sí, es un ensimismado; "invidere" ya dice por su composición el dentro que hay en ese mirar a otro. Mirar y ver a otro no fuera, no allí donde el otro realmente está, sino en un abismal dentro, en un dentro alucinatorio donde no encuentra el secreto que hace sentirse uno mismo, en inconfundible soledad.

Verse vivir en otro ensimismadamente. El ver vivir a otro en el espacio externo, en el fuera, no es, ni trae envidia. Ver objetivamente, es decir, ver a cada cosa y a cada ser en el espacio que le

sea adecuado, es la propio del que ya no puede envidiar. Porque solamente se puede envidiar al semejante.

Ver a las cosas que no viven y aun a las que viven vida diferente de la nuestra no parece que pueda llevar la envidia. Las cosas y las criaturas vivas no humanas aparecen en un espacio diferente en que vemos—al cabo de muchos esfuerzos— a los semejantes. Ver a un semejante, parece ser la clave de la envidia y con ello del propio ser. Porque en la visión del semejante va implicado la interioridad, el dentro que es nuestro espacio, al cual nos retiramos y que nos confiere la suprema distinción. Cómo nos sintamos en ese verdadero espacio vital, esta relacionada con la visión del prójimo, con la comunidad; con el logro del ser individuo de la especie humana en soledad y comunión.

Ver a un semejante es ver vivir a alguien que vive como yo, que esta en la vida a mi manera. Sólo él puede ser sentido en esta implicación de la envidia, porque sólo él puede estar implicado en mi vida. Y es que al ver al semejante no le vemos objetivamente en el espacio físico, sino que siento su vida en mi vida.

El individualismo moderno nos ha acostumbrado a que creamos estar viviendo solos: el prójimo adviene a mi soledad, que vale tanto como mi existencia ya completa; partiendo de ella conozco, veo y siento a mi prójimo. El espacio vital o interioridad estaría libre de implica-

ciones; el dentro, ese dentro donde el hombre se ensimisma según Ortega dice en su "Ensimismamiento y Alteración", ¿es un espacio libre, un lugar donde no nos encontramos más que con nosotros mismos? ¿Es un retiro vacío? ¿Cuál es la estructura de este lugar donde continuamente nos retiramos?

Ha sido interpretado de distintas maneras a lo largo de la Historia del pensamiento. La interioridad como tal, es descubierta por el Cristianismo que mediante San Agustín se incorpora al pensamiento y a la creencia del hombre común. Antes del Cristianismo, en Grecia es alma; después de la revelación de San Agustín, en otro trance decisivo, será conciencia en Descartes. Pero la cuestión, según nosotros la vemos no coincide exactamente, pues se refiere no al lugar interior, psique o conciencia donde vivimos, nos movemos y somos, donde percibimos las cosas todas, sino esa interioridad específica humana, la vida del semejante está implicada.

La vida del semejante no es percibida como la del resto de las cosas y criaturas, tiene lugar en otro plano, más interior. Para ver al semejante nos adentramos. Y hay grados diferentes en este adentramiento. Si para percibir y conocer lo no semejante realizamos un movimiento de salida, como si quisiéramos llegar hasta los linderos de nuestro ser, asomarnos a nuestros propios límites, para ver y percibir al prójimo, contrariamente nos hundimos en nosotros mismos y desde este dentro de nuestra vida, lo sentimos

y percibimos. De ahí, ese carácter peculiar de la percepción del yo ajeno que tiene siempre un tono, provocando una tensión, porque nos sentimos afectados mucho más. Frente al mundo exterior creemos vivir dentro de unos límites, nos sentimos defendidos; frente al semejante nos sentimos estar al descubierto, como inmersos en un medio homogéneo de donde emergemos a la vez. En realidad toda percepción del semejante es secreta, tiene lugar en algo no manifiesto en un medio que no coincide en modo alguno, con el medio que hemos dado en llamar físico y que corresponde a los sentidos. Tampoco con la conciencia. Es otro medio, el medio de la interioridad donde tal percepción tiene lugar. Y en ella, sentimos unitariamente a la persona que es el prójimo, y a su lugar en la existencia. Y la sentimos como se siente toda realidad por los límites con la nuestra, por su acción sobre nosotros. Pero, lo que en nosotros padece la realidad de la persona semejante, es algo mucho más profundo que lo que se siente afectado por las cosas no vivas y por las criaturas vivas que no son nuestros semejantes; ante él nos sentimos comprometidos, y en peligro; nos sentimos acrecentados o disminuídos.

Todo ver a otro es verse vivir en otro. La vida humana jamás está sola, sino en instantes en que la soledad se hace, se crea. La soledad es una conquista metafísica, difícil, porque nadie está solo, sino que ha de llegar a hacer la soledad dentro de sí en momentos en que es ne-

cesario para nuestro crecimiento. Los místicos y los poetas hablan de la soledad como algo por lo que hay que pasar, punto de partida de la ascesis, es decir, de la muerte, de esa muerte que hay que morir, según ellos, antes de la otra, para verse, al fin, en otro espejo.

La visión del prójimo es espejo de la vida propia; nos vemos al verle. Y la visión del semejante es necesaria a la vida humana precisamente porque el hombre necesita verse. No parece existir ningún animal que necesite contemplar su figura en el espejo. El hombre busca verse y parece vivir en plenitud cuando se mira, no en el espejo muerto que le devuelve la propia imagen, sino cuando se ve vivir en el vivo espejo del semejante.

Sólo al verme en otro me veo en realidad, sólo en el espejo de otra vida semejante a la mía, adquiero certidumbre de mi realidad. Creer en la realidad de sí mismo no es cosa que se da sin más, parece ser que es certidumbre recibida de un modo reflejo. Creo en mí, me siento real si me veo en otro como real. Mi realidad depende de otro. Y esta trágica vinculación engendra a la vez, amor y envidia. De la soledad, de la angustia no se sale a la existencia en un acto solitario, sino a la inversa, de la comunidad en que estoy sumergido, salgo a la realidad mía a través de alguien en quien me veo, en quien siento mi ser. Toda existencia es recibida. Y ya después de esta certidumbre previa, necesaria donde la envidia acecha, puede advenir la conquista de la soledad. Soledad relativa a

los semejantes, desprendimiento de ellos por adentramiento en busca de otros espacio, donde lejos de los hombres no estoy solo, sino que me busco en un espejo más allá del tiempo humano, del que algunos hombres han dado testimonio.

La envidia, mirada de través es la visión en un espejo que no nos devuelve la imagen que nuestra vida necesita. De ahí la ambigüedad de la envidia, y esa especie de vínculo que se establece entre el que envidia y el envidiado. Vínculo que ronda con la complicidad, porque inevitablemente se siente que si el envidiado—espejo, enviase al poseso de la envidia la imagen que espera y necesita, le rescataría del infierno en que yace. Y quizá la envidia provenga de la turbiedad del envidiado, que no mantiene su interior espacio transparente, sino que empañado por alguna pasión indiscernible para él, no le refleja como debiera. Leibniz dice que "el hombre es el espejo consciente de la vida universal". A este espejo consciente parece imposible que nadie le envidiara por encontrar en él la limpia y nítida imagen que de su ser espera. Llegar a ser ese espejo consciente es la perfección de lo humano, mas no su común realidad.

Y así, la envidia se sale con la suya en tornar equívoco lo envidiado. Juego de miradas, de existencias que se ven y miran vivir la una en la otra en la esperanza de encontrar la imagen que necesitan de sí misma ambigüedad azarosa de la participación.

PARTICIPACION E IDENTIDAD

Visión y vida no son distintas; en lo humano la visión engendra la vida. Hay divisiones que nos hacen o ayudan a ser. La vida humana necesita ver para ser vida. "Vivir para ver" y ver para vivir. La visión libera a la vida, más la visión de sí mismo trae el grado supremo de libertad.

Pero si la visión de sí mismo no es directa sino refleja, a través de un semejante, la libertad es adquirida por medio del otro. Somos, pues por otro y con él.

Libertad es identidad. Parece que el fin a que la vida tiende sea la formación de lo que se ha llamado en el lenguaje de la Filosofía moderna, "sujeto", la formación de un sujeto, y sujeto es identidad.

Pertenece a la esencia trágica de la vida el necesitar del otro aun para la libertad. De no ser así la tragedia sería un juego o un equívoco o, como muchas mentes modernas han creído, una aberración, algo definible en Patología. Pero el logos del "pathos", del padecer trágico es muy otro.

La tragedia no es sino la expresión de la comunidad o participación anterior a la definición del individuo. Como larvas o conatos de ser los personajes de tragedia se identifican con sus pasiones, con aquello que les pasa. Nada más tienen, ni son: lo que les pasa y nada más. Y así ante la Razón Histórica o cualquier otra teoría sobre el hombre y la vida, tendremos que interrogar con el infinito

temor que tales preguntas envuelven, acerca de si el hombre no irá en busca de su identidad más allá de sus pasiones, más allá de los sucesos de su vida; si no irá buscando esa identidad pura y libre que le confiera el carácter de ser sujeto de lo que le pasa, pero no simple paciente de su pasar.

Y este pasar se mueve en la participación. ¿Estribará ahí la envidia? En verse en el pasar siempre equívoco e injusto?

No podría nacer la envidia de sentir la vida como suceso y pasión, porque así serían vistos también los demás, "los otros". En la pasión todo es otro y nada es uno, pues nada permanece. Pero, si buscamos la identidad de ser alguien por encima y más allá de lo que nos pase, y de lo que pasemos, entonces no podrá surgir la envidia. Porque la envidia es pasión del otro, pasión de la identidad de otro, pasión de la libertad de otro, en la vacilante unidad y libertad de uno mismo.

La envidia, la más ensimismada de las pasiones, que transcurre por debajo del pasar y las pasiones y toma en ellas su pretexto. La envidia no es, ni tiene sentido sino hendida como fría espada entre esa busca de la identidad y la libertad, más allá del acontecimiento y aun de la pasión, como ante una promesa suprema, aunque indiscernible.

La envidia está en el camino de la soledad y si el que está acometido por ella la lograra cesaría. No cabe envidia en soledad, porque únicamente adquiere so-

ledad el que de algún modo y en algún sentido ha logrado identidad que es quietud y reposo y certidumbre.

Atravesadamente surge en el camino de la soledad, cuando quien lo anda, necesita y está en la participación. La envidia convierte al semejante en "el otro". Pero ¿qué sentido tiene esta torcida conversión sino que el mismo necesita convertirse en el uno y que no puede por hallarse intrincado, implicado en el semejante, sin poderse desprender de él? La envidia convierte en sombra de una vida ajena a la vida propia.

Sombra del otro, tal se siente el que envidia. Unamuno lo hace ver así lúcidamente en su genial relato "Abel Sánchez". "Sombra de un sueño" según Pindaro, que tanto repite Unamuno, mas vanamente sombra del otro. ¿Cómo el semejante puede ser convertido en el otro?

LA RAIZ DE LA SOLEDAD

¿Estamos en verdad alguna vez solos? Aislamiento, incomunicación no son soledad. Tampoco el desamparo común, única cosa sentida en común de los tiempos modernos. (Los muchos desamparados buscan juntarse en uno, en espera quizá de que aparezca el Padre común: "¡proletarios de todos los países uníos!")

En Unamuno quien por ello no trasciende la concepción trágica de la vida, la soledad no se logra nunca. En el fondo de la soledad el hombre se siente sombra, sombra de un sueño, sombra del Otro, cosa que aparece con mayor hondura re-

ligiosa en el drama "El Otro", que en el relato novelesco. Ser a medias tropezado con su mitad, con su alter, siempre en el acecho, obstáculo insuperable de su supremo anhelo: la unicidad. La envidia nace en el anhelo de ser individuo, de ser único, ante la distinción suprema de ser realmente individuo. El semejante es entonces *el otro*, y su semejanza se convierte en el desmentido máximo de su pretensión.

Dice Santo Tomás que los Angeles son una especie cada uno. La vida del nombre es difícil, porque aspirando a único se ve por doquiera el semejante. Y así se explica tanto padecer buscado y el martirio de tantos, persiguiendo la unicidad, la soledad sin nombre, el verse al fin la cara, encontrar la imagen de sí con realidad inconfundible.

En la Pasión más divina de todas cuantas conocemos, hay un momento supremo en que parece que se detiene para decidirse, suspendida. Jesús está solo ante su destino, en soledad completa ante él. Un ángel le alarga el cáliz de su inajenable. Misterio en que lo humano obtiene su liberación suprema de la tragedia de ser sombra del semejante. El ángel aparece siempre a los que logran la soledad, es la imagen sagrada de la soledad, y el hombre que lo haya sentido cerca aun sin verlo, estará libre para siempre del acecho de la envidia, del torcido ensimismamiento donde la mirada se desvía ante el equívoco espejo.

Pasión incompleta la del hombre que no haya vivido su hora entre los olivos,

lejos de todo y sin sombra. Entonces se nace a la soledad, se nace a la integridad de algo ya imperecedero. Pues no se verá en el semejante, ni temerá nada de él.

Pero también cabe del Huerto de los Olivos despeñarse desviviendo el destino, arrepintiéndose de la Pasión. Sobre las frentes de aquellos que pertenecen a pue-

blo tan azotado por el mal sagrado, de la envidia como el español debería levantarse esta visión del instante en que la soledad hace nacer al hombre y lo levanta en su seno de madre. Porque sólo la soledad cura de la interrumpida pasión, de la fracasada eucaristía.

MARÍA ZAMBRANO

East Coker

I

EN mi principio está mi fin. En sucesión
Las casas se levantan y caen, se desploman, son extendidas,
Son removidas, destruidas, restauradas, o, en su lugar
Hay un campo abierto, o, una fábrica, o un camino.
Piedra vieja para un nuevo edificio, madera vieja para nuevos fuegos,
Fuegos viejos en cenizas, y cenizas en tierra
Que ya es carne, pieles y heces,
Hueso de hombre y bestia, tallo de maíz y hoja.
Las casas viven y mueren: hay un tiempo para edificar
Y un tiempo para vivir y para una generación
Y un tiempo para que el viento rompa el cristal aflojado
Y sacuda la madera donde el ratón del campo trota
Y sacuda el andrajoso *arresse* tejido con un *motto* silencioso.

En mi principio está mi fin. Ahora la luz cae
Sobre el campo abierto, dejando el hondo camino
Cerrado con ramas, oscuro en la tarde,
Donde tú te reclinabas contra un banco mientras pasa un carromato,
Y el hondo camino insiste en dirección
De la aldea, en el calor eléctrico
Hipnotizado. En una bruma calurosa la sofocante luz
Es absorbida, no refractada, por la piedra gris.
Las dalias duermen en el vacío silencio.
Esperan la lechuza temprana.

En ese campo abierto
Si tú no te acercas demasiado, si tú no te acercas demasiado,
En una media noche de Verano, podrás escuchar la música
De la flauta debilitada y el pequeño tambor
Y los verías danzar alrededor de la hoguera
La asociación del hombre y la mujer

Bailando significando matrimonio—
Un decoroso y cómodo sacramento,
Dos y dos, necesaria unión,
Asidos de la mano o del brazo
Que representa concordia. Girando alrededor del fuego,
Saetando entre las llamas, o, en círculos,
Rústicamente solemne, o, en rústica risa
Alzando los pies pesados con zapatos chapuceros
Pies de tierra, pies de lodo, alzados en algazara campestre
Pies de tierra, pies de lodo, alzados en alegría campestre
Alegría de aquellos mucho tiempo ha bajo la tierra
Alimentando el maíz. Marcando el tiempo,
Marcando el ritmo con su danzar
Como su vivir en las estaciones vivientes
El tiempo de las estaciones y de las constelaciones
El tiempo de ordeñar y el tiempo de la cosecha
El tiempo del copular del hombre y la mujer
Y de las bestias. Pies que se alzan y caen.
Comiendo y bebiendo. Estiércol y muerte.

La aurora apunta, y otro día
Se prepara para el calor y el silencio. Allá en el mar el viento auroral
Se arruga y se desliza. Aquí estoy
O allí, o, en otra parte. En mi principio.

II

¿Qué hace el Noviembre tardío
Con el alboroto de la primavera
Y las criaturas del calor estival,
Y los copos de nieve retorciéndose bajo los pies
Y acebos que apuntan demasiado alto
Rojo en gris y dan en tierra
Rosas tardías henchidas con tempranas nieves?
El trueno rodado por las rodantes estrellas
Simula carros triunfales
Desplegados en guerras consteladas

El Escorpión lucha contra el Sol
Hasta que la Luna y el Sol descenden
Los cometas lloran y Leónidas vuela
Persigue los cielos y las praderas
Rodando en un vórtice que traerá
El mundo a ese fuego destructor
Que arde antes que reine la capa de hielo.

Esta era una manera de decirlo—no muy satisfactoria:
Un estudio perifrástico en una forma poética gastada,
Que nos deja todavía con la lucha intolerable
Con las palabras y los significados. La Poesía no importa.
No fué (para recomenzar) lo que esperaba.
¿Cuál iba a ser el valor de la calma prevista por tanto tiempo,
Esperada por tanto tiempo, la serenidad otoñal
Y la sabiduría de la vejez? ¿Nos habían engañado
O se habían engañado a sí mismo, los mayores de quietas voces,
Legándonos tan sólo un recibo por el engaño?
La serenidad es sólo una estupidez premeditada
La sabiduría sólo el conocimiento de secretos muertos
Inútiles en la oscuridad a donde ellos se asoman
O de la cual apartan sus ojos. Hay, nos parece,
A lo más, sólo un valor limitado
En el conocimiento derivado de la experiencia.
El conocimiento nos impone una forma, y falsifica,
Porque la forma es nueva en cada momento
Y cada momento es una nueva y espantosa
Valuación de todo lo que hemos sido. Solamente nos desengañamos
De aquello que, engañándonos, ya no nos puede hacer daño.
En la mitad, no solamente en mitad del camino
Sino en todo el camino, en el bosque oscuro, en la zarza,
Al borde de un pantano, donde no se tiene pie seguro,
Y amenazado por los monstruos, las luces caprichosas,
El encantamiento arriesgado. Que no me cuenten
De la sabiduría de los viejos, sino de su desatino,
De su miedo del miedo y del frenesí, de su miedo de posesión,
De pertenecer a otro, o, a otros, o, a Dios.
La única sabiduría que esperaríamos adquirir

Es la sabiduría de la humildad: la humildad es sin fin
Las casas se han hundido todas en el mar.
Los bailadores han desaparecido todos bajo la colina.

III

O oscuridad oscuridad oscuridad. Todos caen en la oscuridad
Los vacíos espacios interestelares, el vacío dentro del vacío,
Los capitanes, banqueros mercantiles, eminentes hombres de letra,
Los generosos patrones del arte, los estadistas y los gobernantes,
Los distinguidos funcionarios civiles, los consejeros de muchos comités,
Los señores industriales y los pequeños contratistas, todos caen en la
(oscuridad

Y oscuros el Sol y la Luna y el Almanaque de Gotha
Y la Gaceta de la Bolsa, el Directorio de Directores,
Y frío el sentido y perdido el motivo de la acción.
Y todos vamos con ellos, en el silencio funeral,
Funeral de nadie, pues nadie hay a quien sepultar.
Dije a mi alma, estad quieta, y dejad venir la oscuridad sobre ti
Que será la oscuridad de Dios. Así como, en un teatro,
Se apagan las luces para cambiar el decorado
Con un hueco estruendo de bastidores, con un movimiento de oscuridad
(sobre oscuridad

Y sabemos que las colinas y los árboles, el panorama distante
Y la osada imponente fachada están siendo enrollados
O, como cuando un tren subterráneo en el tubo, se detiene demasiado
(entre estaciones

Y la conversación se alza y lentamente se desvanece en el silencio,
Y tú ves ahondarse tras cada rostro la vaciedad mental
Dejando solamente el creciente terror de pensar en nada,
O cuando, bajo el éter, la mente está consciente pero consciente de nada,
Dije a mi alma, estad quieta y espera
Pues la esperanza sería esperar la cosa errónea, espera sin amor
Pues el amor sería amar la cosa errónea; hay todavía fe
Pero la fe y el amor y la esperanza están todos en espera,
Espera sin pensamiento, pues no estás madura para el pensamiento:
Así la oscuridad será la luz y la inmovilidad la danza.

Murmullo de rodantes aguas, y relámpago invernal.
El tomillo silvestre invisible y la fresa silvestre,
La risa en el jardín, éxtasis en eco repetido
No perdido, pero requiriendo, apuntando a la agonía
De la muerte y del nacimiento.

Decías que estoy repitiendo

Algo que he dicho antes. Lo diré de nuevo.
¿Lo diré ahora y aquí? A fin de llegar allí,
De llegar a donde estás, de partir de donde no estás,
Debes de ir por un camino en el cual no hay éxtasis.
A fin de llegar a lo que desconoces
Debes de andar por el camino de la ignorancia.
A fin de poseer lo que no posees
Debes de andar por el camino del desposeimiento.
A fin de llegar a ser lo que no eres
Debes de ir por el camino en el cual no eres.
Y lo que no sabes es lo único que sabes
Y lo que posees es lo que no posees
Y donde estás es donde no estás.

IV

El cirujano herido ejerce el acero
Que interroga la parte enferma;
Bajo las manos sangrientas sentimos
La compasión aguda del arte del curador.
Resolviendo el enigma del mapa de la fiebre.

Nuestra única salud es la enfermedad
Si obedecemos a la enfermera moribunda
Cuya constante solicitud no es agradarnos
Sino recordarnos nuestra maldición, y la maldición de Adán,
Y que, para restablecernos, nuestra enfermedad ha de agravarse

El mundo entero es nuestro hospital
Dotado por el millonario arruinado,

En el cual, si prosperamos, moriremos
Por el absoluto cuidado paternal
Que no nos dejará, mas nos atormentará en todas partes.

El escalofrío asciende de pies a rodillas,
La fiebre canta en alambres mentales.
Para calentarme, entonces tengo que helarme
Y temblar en los fríos fuegos purgatoriales
Cuya llama son rosas, y cuyo humo zarzas.

La sangre vertida es nuestra única bebida,
La carne sangrante nuestro único alimento:
A pesar de lo cual nos agrada pensar
Que estamos sanos, carne y sangre substanciales
Otra vez, a pesar de esto, llamamos a esto Viernes Santo.

V

Así pues, aquí estoy, en mitad del camino, transcurridos veinte años,
Veinte años mayormente perdidos, los años de *l'entre les deux guerres*,
Tratando de aprender las palabras y toda tentativa
Es un principio totalmente nuevo, y una forma diferente de fracaso
Porque ha aprendido uno a sacarle partido a las palabras
Para lo que ya no queremos expresar, o para la forma en la cual
No estamos dispuesto ya a decirla. Y así cada aventura
Es un nuevo comienzo, una invasión repentina de lo inarticulado
Con un equipo raído siempre deteriorándose
En la confusión general de la imprecisión de sentimiento,
Escuadras indisciplinadas de emoción. Y lo que hay por conquistar
Con fuerza y sumisión, ya ha sido descubierto
Una o dos veces, o varias veces, por hombres a los cuales no podemos
Emular—pero no hay competencia—
Hay sólo la lucha para recobrar lo perdido
Y encontrado y perdido muchas veces: y ahora, bajo condiciones
Que parecen desfavorables. Pero quizá ni ganancia ni pérdida.
Para nosotros, existe solamente el esfuerzo. El resto no nos importa.

El hogar es de donde uno parte. Según vamos envejeciendo
El mundo deviene más extraño, la forma más complicada
De muertos y vivos. No el intenso momento
Aislado, sin un antes y un después,
Mas toda una vida consumiéndose en cada momento
Y no la vida de un solo hombre
Sino la de las viejas piedras que no logramos descifrar.
Hay un tiempo para la noche bajo la luz de las estrellas,
Un tiempo para la noche bajo la luz de la lámpara
(La noche con el álbum de fotografías).
El amor es más amor
Cuando el *aquí* y el *ahora* dejan de ser.
Los viejos deberían ser exploradores
Aquí o allá no importa.
Debemos de estar inmóvil y siempre en movimiento
Hacia otra intensidad
Para una unión más, una comunión más profunda
A través del frío oscuro y la desolación vacía,
La ola llora, el viento llora, las dilatadas aguas
Del petrel y la marsopa. En mi fin está mi principio.

T. S. ELIOT

Traducción de José Rodríguez Feo.

Jicotea esta Noche Fresca...

A Taita Jicotea le había dolido la cabeza todo un largo día abrasador. Cuando salió la luna, —luna inmensa capaz de devorar, si quisiera, todas las siembras en una sola noche—, Jicotea gritó de improviso, con una voz tan vibrante y autoritaria que el mismo quedó espantado:

—“¡Vete dolor de cabeza, échate al río!”

Inmediatamente sintió su cabeza des-
embarazada y fresca.

—“Buenas noches, Néné”—dijo entonces saludando a la Luna como es costumbre: y Jicotea pensó que Insambia Pungueles, el Papá Dios del Cielo después de crear al Sol y trazarle su camino había experimentado ciertos remordimientos... Considerando como éste hacía penar a Toto, la tierra, y a todas las criaturas, sometiéndolas a una implacable socarriña, Sambia, en uno de esos impulsos compasivos con que neutraliza después su malhumor hizo la Noche fresca y le dió por reina a Engonde, la Luna.

Es decir que había creado el día para sufrir y laborar; el Día, como un mayoral sin entrañas descargando su látigo de brasa sobre los hombros del mundo, obligando a trabajar; y la Noche suave, piadosa, llena de perdones—encubridora—para el descanso y el olvido. ¡Y para el amor y el baile!

—“¡La Noche para bailar!”

Con esto Jicotea, que detestaba el trabajo y toda ocupación, sobrealzando su gorra volvió a saludar a la Luna. Estaban solos los dos. Encendió un cabo de tabaco y se dijo alegremente:

—“Guisacuame... ¡Voy a improvisarme una fiesta!”

Y así fué cómo Jicotea sin licencia del Rey, organizó una mumboma.⁽¹⁾ ¡Sin licencia del Rey! Porque le dió la gana.

Tenia Nansi, la Araña, heredado de sus mayores un tamborcito llamado Chimueñe-mueñe. Pero Nansi se negó a tocar sin la anuencia de Tatandi Cunanfinda, diciendo:

—“Moni cuayala enso: el rey de estas tierras me castigará... ¡Sé que me quitará la mitad de mis cuatro pares de ojos!”

Entonces Jicotea apoderándose de Chimueñe-mueñe le preguntó a la Chinche si sabía tocar.

No, Insegua le confesó que nunca había tocado un tambor. Nunca; mas la Chinche no quería irse a dormir. De noche se siente tan activa y emprendedora que es capaz de intentarlo todo; de hacerle frente a cualquier situación. Tomó el tamborcito, lo puso sobre sus rodillas y éste sonó voluntariamente.

(1) Rumba.

“Ecutú...
Ecutú-cumbán
Écutu cutú-cumbán
cumbán-cumbán.”

Lo que al oír Enchondi, el Jutía, sacude la rama alborozado y se lanza del árbol diciendo:

—“¡Aquí estoy yo para bailar!”

Abajo se hallaba el toro Gombe, quien apenas escuchó el tambor a su vez había dicho:

—“¡Aprieta la mano tambor que el Toro va a bailar!”

Mas ¡ay! que la rama partida cayó sobre Engombe y le quebró un cuerno.

Engombe echó a correr y en su atolondramiento pisó los huevos de la Majá, Má-Nioca: y Ma Nioca, viendo su prole en un instante aniquilada, fué a buscar a Bansa, su amiga la Candela, para prenderle fuego al Monte que se alindaba con todo sus Espíritus, dispuesto a bailarle a la Luna;—a la Luna fresca, grande y buena que alumbra con luz igual.

Meme ,el Carnero, dormía tranquilamente cuando empezaron a arder los matojos de su lecho: se quemó un pie.

Meme fué al río, la pata encendida; y al hundir su pie en el agua... ¡Meme le revienta un ojo a Tá Bambi Afuamutu, el Señor Cocodrilo!

A lo lejos, contentísimo, suena fuerte como un gran tambor, el pequeño chimueñe-mueñe: y ya quien baila es el Fuego, que se adueñó la fiesta, y todo el monte crepitando, sube y baila con las llamas.

Bambi Afuamutu, Don Cocodrilo—es

un señor influyente, de campanillas—, se cala la bomba, empuña el bastón y sale del río, que despierta de sobresalto y erizado y rojo se queda temblando. Llega a casa del Juez y a bastonazos, impaciente y soberbio, se hace abrir el portón.

—“Vea V. mi ojo”—le dice el Cocodrilo honorable al Juez amodorrado: y se lo muestra guiñando de su mano, apagado, vizcoso, como una ostra partida:

—“Ñó Meme ,el Carnero, fué mi agresor.”

Y luego comparece cojeando el pobre Meme.

—“¿Por qué les has sacado el ojo—improcedentemente, no cabe duda—al Señor Cocodrilo, violando por ende su domicilio?”

—“Yo dormía”—contesta Meme humildemente, inclinando la frente y levantando la mirada al cielo de las víctimas inocente. “¡Mejor será que esta pregunta se la haga V. a quien quemó la manigua!”

Con miramientos trajeron al Toro—un solo cuerno—, nimbado de turbios resplandores.

Muy confundido, el Juez le interrogaba en voz baja. El Toro brama, estrabico:

—“¡Sepa la Justicia, y sépalo bien el Zún-Zún de la Calavera, que siento no haber sido yo quien quemó el Monte!”

En esto asomó Ma-Nioca patética, declamando:

—“¡Ya no tengo posteridad!”

Al entrar—tan grande la hacía el dolor—derribó la casa del Señor Juez. La Justicia, no sabiendo qué partido tomar entre un Toro bizco de mal talante y un

Culebrón patético y descomunal—y la casa que se le caía encima—escapó a uña en camisa de dormir y en zapatillas.

—“¡Qué asunto tan cumplido, señores míos!”

Cuando Embi el Mosquito—un chismoso—a buen recaudo bailó cuanto pudo, fué a la oreja del Rey y le contó la historia..

—“Que si el Toro Gombe aplastó los huesos de Mamá Ñioca fué porque el Jutía Chondi partió la rama y la rama que no quería al Toro se hizo muy pesada y lo destarró: y si Meme reventó el ojo de Bambi Afuamatu fué porque Mama Ñioca—que no estaba para fiestas—, con la lumbré que le dió Bausa fogareó al Monte y el pie de Meme se chamuscó y éste para apagarlo, lo metió en el río. Y nada hubiese sucedido si Jicotea, sin tu permiso, no le hubiese pedido a la Araña Nansi que tocase en su tambor Chimueñe-Mueñe y en diciendo Nansi no, la Chinche hubiese dicho sí y sonara el tambor.”

—“¡Qué insolencia!”—exclamó el Rey. “Sin mi consentimiento hacer en mi tierra fiesta! Castigada será la alegría que no está permitida. ¡Oh! ¡Oh! ¡Tal delito jamás podrá quedar impune!” y el caballero Don Rey, alzándose de su cama de granadillo, a toda prisa mandó a buscar al Juez, al culpable, a los cómplices, a las víctimas y a los testigos: la Luna y la Lechuza.

Antes del amanecer todos llegan a palacio y en el estrado, junto al Rey, está su mujer, la linda Maclé.

El Mosquito delator, antes que la luz

lo absorba, de la oreja del Juez, a la oreja del Rey, vuelve a endilgar su retahila: “Si Jicotea no le pida a Insegua que sonara el tambor chimueñe-mueñe, Enchondi no sacude la rama, la rama no se desprende y quiebra el cuerno de Engombe, Engombe no corre y no pisa los huevos de Mama Ñioca; Mama Ñioca no va a buscar a Bausa que le dé un pimpollo de su fuego, el fuego no incendia al Monte, el pie de Meme no se quema, Meme no hubiera ido al río, Meme no hubiese herido el ojo de Bambi Afuamatu, que lo tenía a flor de agua... Que lo diga la Luna que lo vió; que lo diga la Lechuza que estaba mirando posada en la oreja de la Luna. Y juro que no miento por la Santa +.”

—“Así el asunto parece menos intrincado”, observa el Juez.

En tanto, Jicotea se había ido acercando pasito a la Reina Maclé.

—(¡Mi suama tiene bata preciosa de tira bordada!...)

—“Y a juzgar por el relato que hace el Señor Mosquito, la culpa por entero recae en Jicotea”—añadió el Juez en el preciso instante que Mosquito se evaporaba.

Declara la Araña, confiesa la Chinche, dan fe el Jutía, la Culebra y el Carnero. Testimonia la Luna, y se va. La Lechuza, ciega ya de mañana, pide por favor un lazarillo que la guíe hasta la noche de una rama.

Viene tiznada la Manigua, viene el Río, dicen lo que saben.

—“Jicotea porque propuso, la Chinche

porque dispuso... ¡a todos que le den componte!”—resuelve el Rey para terminar, deseoso de tomar café.

Jicotea, a los pies de Maclé, con mucha gracia había conversado. Supo alabarle la bonitura y el buen vestir.. y Maclé lo escondió entre los vuelos de su bata

blanca y mientras el Juez dicta sentencia, rectifica el Rey su pena:

—“¡Componte, no! ¡Garrote vil!”

Protestan los culpados de su inocencia e imploran a toda voz misericordia, Maclé se lleva al reo muy encubierto y lo deja en el patio al borde del pozo.

LYDIA CABRERA

Suite Ecuestre

1

VIBRA la tierra sonora de hermosura
al paso del caballo armado de llamas y metales:
sólo el duro jinete que pulsa su freno
sabe el signo entrañable del fuego gobernado
y las cifras que pesan la plástica terrestre.

Grande es el oficio, jinete, que se impone a tu mano
para guiar el paso del caballo y su cuádruple danza;
parece toda práctica orquestal insuficiente
para encauzar los números de su ardiente escultura.

En eso está, jinete, tu más claro decoro,
tu oficio bien terrible y cósmica aventura,
—oh domador del fuego, batihoja del viento,
organero imponente de los cuatro elementos—
de hacer danzar la tierra, de hacer sonar la tierra
con llamas y metales de concreto planeta.

2

Como el mar temple los registros sucesivos de la espuma
si golpea la roca,
o la selva desanilla su cola de rumores
embestida del viento,
el jinete sabe el brío del número marino
y el rasgueo de los árboles
que recorre la brida, que gobierna su mano.

Delicado y terrible es el oficio del jinete
y dura la vigilia de su espuela y su diestra;

resistir el riesgo de las estrellas guerreras
en los ojos violentos del caballo
gravitados de iras y designios nocturnos.

El jinete lo sabe y arrostra la aventura
al sumarse el dominio de tan ígneo elemento,
y así se le ha visto intrépido y resuelto,
duro a los golpes de la lluvia y al ímpetu del viento,
sesgando la tormenta de la crin encrespada
dominar una costa de espumas implacables.

3

Hermosa es la tierra y airoso su destino,
que al paso del caballo y a su peso sonoro
devuelve enardecida sus fuegos y metales.
Hermoso son los árboles, cuando doblan sus ramas
al peso de los frutos que ofrecen al jinete.

(El caballo galopa el sonido numeroso de la tierra
y en balanza de hermosura
los cuatro elementos ponderan sus cascos.)

4

Cuando sólo era el aire, soledad errabunda,
rasgueo estremecido y remoto por las ramas,
nocturno estruendo de aguas a tumbos por la niebla,
cuando el mar tan sólo golpeaba a la piedra
y ante el sueño obstinado de la piedra
en los rizos de la espuma enredaba su sonido,
cuando el río era un lento temblor rumoroso
de aguas demoradas repasando sus árboles
o saltando, de pronto encabritado,
despeinaba sus cristales en quebrada catarata;

brotaste de la tierra, rotundo y armonioso,
sellado del fulgor y hermosura de la tierra
—neto en el número de su cuádruple fuerza—
para expresar el fuego, la música y la danza,
y el ímpetu guerrero, que rige toda plástica,
ceñido va por siempre a tu heroica escultura.

Así se alza con color y hermosura de rito
el signo primigenio de la ecuestre ascendencia.
En plazas, como días fabricados de flores,
brotaron los torneos y así pudo el jinete
desplegar los colores cruentos de la rosa,
reduciendo a la armonía de la rosa el ímpetu terrestre.

ANGEL GAZTELU

Sonetos

AZUCENA DE TU CUERPO

Eres gozo en mi voz desamparada,
una llama de aliento en el olvido,
pañuelo de mi llanto contenido
y azucena en mi carne lacerada.

Eres mar en mi sangre derramada
y unidad de mi afecto dividido,
pureza de mi cuerpo estremecido
y fuego en la sonrida congelada.

No por gozarse sólo en tu hermosura,
¡Oh! vaso de elección y de ternura,
me aprisiono a tu cuerpo enamorado.

Sí por quedarme siempre donde asoma,
amorosa tu carne de paloma,
¡en olvido del mundo! Y olvidado.

ROSA DE MI DOLOR

En la penumbra que en mi noche avanza,
filo de muerte en sombra de pavora,
no encuentro más amor que tu hermosura
ni otra seña de luz que tu añoranza.

Yo le entrego mi rosa a tu confianza,
mi inexorable rosa de locura;
acógela mi bien con tu ternura
y vístela de amor con tu esperanza.

Es mi rosa dolor, rosa cautiva,
la siempre rosa muerta y siempre viva,
la rosa deshojada en tempestades.

Rosa que emerge en mis clamores mudos
y va rasgando con los pies desnudos
mi lenta soledad de soledades.

JOSÉ CÁRDENAS PEÑA

Sonetos a la Ceiba

Para Julián Orbón

I

He quemado el secreto de tus nidos
con mi savia crecida con las horas
finamente buscadas, donde lloras
la vieja sangre por tus óleos idos;
ya que buscas su rastro en los sentidos
si voz y voz saturan lo que añoras
cantadas soledades aclanoras
a los días sintiéndose escogidos.
No suena lo que siembra al aire visto,
nube pasa debajo de mis hojas,
plumado huevo testimonia ausencia,
si el polvo de la noche donde existo
soplado por mi voz hará que escojas
palabras de más fina transparencia.

II

Tersa al tacto se asoma en tu corteza
el más seguro músculo escondido
si mar y mar su espuma no han vendido
al más grande que presta su nobleza;
y destruye su voz en la tibieza
de un paisaje que el aire no ha lamido,
de una bestia cerrada en el sentido
que resulta sembrando su entereza.
Sediento de mercados en su mente
por la mirada clavas tu tristeza
en la corriente eterna de la sombra;
si el secreto que fluye con nobleza,
madera de su voz, se para y nombra:
"la savia más siniestra está en tu fuente."

OSCAR GONZÁLEZ HURTADO

Cangrejos, Golondrinas

EUGENIO SOFONISCO, herrero, dedicaba la mañana del domingo a las cobranzas del hierro trabajado. Salía de la incesancia áurea de su fragua y entraba con distraída oblicuidad en la casa de los mayores del pueblo. No se podía saber si era griego o hijo de griegos. Sólo alcanzaba su plenitud rodeado por la serenidad incandescente del metal. Guardaba un olvido que le llevaba a ser irregular en los cobros, pero irreductible. Volvía siempre silbando, pero volvía y no se olvidaba. Tenía que ir a la casa del filólogo que le había encargado un freno para el caballo joven del hijo de su querida, y aunque el ayuda de cámara le salía al paso, Sofonisco estaba convencido de que el filólogo tenía que hacer por la mano de su ayuda de cámara los pagos que engordaban los días domingos. Para él, cobrar en monedas era mantener la eternidad recíproca que su trabajo necesitaba. Mientras trabajaba el hierro, las chispas lo mantenían en el oro instantáneo, en el parpadeo estelar. Cuando recibía las monedas, le parecía que le devolvían las mismas chispas congeladas, cortadas como el pan. Agudo y locuaz, le gustaba aparecer como lastimero y sollozante. El domingo que fué a casa del filólogo se entró al ruedo, oblicuo como de costumbre, y al atravesar el largo patio que tenía que recorrer antes de tocar la

primera puerta, vió en el centro del patio una montura con la inscripción de ilustres garabatos aljamiados. Ilustró la punta de sus dedos recorriendo la tibiedad de aquella piel y la frialdad de los garabatos en argenticum de Lisboa. Apoyado en su distracción avanzaba convencido, cuando la voz del mayordomo del filólogo llenó el patio, la plaza y la villa. Insolencia, decía, venir cuando no se le llama, nos repta en el oído con la punta de sus silbidos y se pone a manosear la montura que no necesita de su voluptuosidad. Orosmes, soplillo malo. No vienes nunca y hoy que se te ocurre, mi señor el filólogo fué a desayunar a casa del tío de un metereólogo de las Bahamas que nos visita, y no está ni tiene porque estar. Usted viene a cobrar y no a acariciar la plata de las monturas que no son tuyas. Empieza por hacer las cosas mal y después acaricia su maldad. Un herrero con delectación morosa. Te disfrazas de distraído amante del argenticum, pero en el puño se te ve el rollo de los cobros, las papeletas de la anotación cuidadosa. Te finges distraído y acaricias, pero tu punto final es cerrar el pañuelo con arena aún sucia y con las monedas en que te recuestas y engordas. No te quiero ver más por aquí, te presentas en el instante que sólo a ti corresponde, alargas la mano y después te vas. No tienes porque acari-

ciar la plata de ninguna montura. La voz se calló, desaparecieron los carros de ese Ezequiel, y Sofonisco saltó de su distracción a una retirada lenta, disimulada.

El domingo siguiente se levantó con una vehemencia indetenible para volver a repetir la cobranza en casa del filólogo. Se sentía avergonzado de los gritos del mayordomo, vaciló, y le dijo a su mujer la urgencia de aquel cobro y el malestar que lo aguantaba en casa. La mujer de Sofonisco se cambió los zapatos, se alisó, mientras adoptaba la dirección de la casa del filólogo. Se le olvidó acariciar la montura antes de que su mano cayese tres veces en el aldaón.

No le salió al paso el mayordomo, sino la esposa del filólogo. Insignificante y relegada cuando su esposo estaba en casa, si éste viajaba adquiría una posición rectificadora y durante la ausencia del esposo presumía de modificar y humillar al mayordomo. Le había mandado que ayudase a fregar la loza, que abandonase el plumerillo y sus insistentes acudidas a la más lejana insinuación a su presencia, llenada con mimosas vacilaciones. Había visto la humillación de la noble distracción de Sofonisco, anonadado por la crueldad y los chillidos del mayordomo. Y ahora quería limpiarle el camino, reconciliarse.

A la presentación del deseo de cobranza, contestó con muchas zalemas que su esposo continuaba las visitas dominicales al meteorólogo de las Bahamas, ya que tenían mucho que hablar acerca de la influencia de la literatura birmana en el siglo II de la Era Cristiana. Ella no te-

nía dinero en casa, pero se afanaría por hacer el pago en cualquier forma. Sorprendió una indicación lejana. Ah, sígame, le dijo. La traspasó por pasadizos hasta que llegaron como a un oasis de frío, estaban en la nevera de la casa. Le enseñó colgada una buena pierna de res. Es suya, le dijo, se la cambio por el recibo. No tengo por ahora otra manera de pagarle. Quizás el domingo siguiente el mayordomo le entregue unas cuantas monedas que le envía mi esposo el filólogo. Pero no, dijo como iluminada, prefiero pagarle yo ahora mismo. Es suya, llevéla como quiera, pero no la arrastre, requiere un buen hombro. Vaya a buscar a su esposo. Las puertas quedarán abiertas para que no se moleste. Dispense, adiós.

Al llegar a su casa el herrero descansó la pierna de la res cerca del baúl, indeciso ante la situación definitiva del nuevo monumento que se elevaba en su cámara. Tenía unos fluses que nunca usaba, esperando una solemnidad que nunca lo saludaba, los empapeló y los llevó hasta una esquina donde fueron desenvueltos en un cromatismo xántico. Izó la pierna y la situó en el respeto de una elevación que no evitase la tajada diaria al alcance de la mano, y salió a airearse, el olor penetrante de la res le había comunicado una respiración mayor que necesitaba de la frecuencia de los árboles en el aire que él iba a incorporar.

La esposa se desabrochó, esperando el regreso del herrero para hacer cama. Desnuda se acercó a la pierna de la res, la

contempló, acariciándola con los ojos desde lejos. La pierna trasudó como una gota de sangre que vino a reventar contra su seno. No reventó, al golpe duro de la gota de sangre en el seno sintió deseos de oscurecer el cuarto antes de que regresase el herrero. Sintió miedo de verse el seno y miedo de ver el esposo. El sueño, uno al lado del otro, los distanció por dos caminos que terminaban en la misma puerta de hierro con inscripciones ilegibles. Ciertamente ella era analfabeta; él, había comenzado a leer en griego en su niñez; a contar los dracmas limpiando calzado en Esmirna y había hecho chispas en los trabajos de la forja colada en la villa de Jagüey Grande. Cuando dormía, después que había penetrado con su cuerpo en su esposa, diversificaba su sueño, ocurriéndosele que recibía un mensaje de Lagasch, alcalde de Mesopotamia, comprando todas sus cabras. Al terminar el sueño, soñaba que estaba en el principio de la noche, en el sitio donde se iniciaba la inscripción de los soplos benévolos.

Al despertar la esposa tuvo valor para contemplarse el seno. Había brotado una protuberancia carmesí que trató de ocultar, pero el tamaño posterior la llevó a hablar con Sofonisco de la nueva vergüenza aparecida en su cuerpo. El no le dijo lo que tenía que hacer. Se sintió tan indeciso, después consideró la aparición de algo sagrado, luego respetaba más que nunca a su mujer, pero no la tocaba ya. Todos los vecinos le hablaron del negro Tomás, cuyo padre había alcanzado una edad que los abuelos del pueblo en su

niñez ya lo recordaban como viejo. Había curado viruelas, andaba con largo cayado de rama de naranjo, cuando se tornaban negras, abrazándose con blancas. Allí fué y el negro le habló con sílaba lenta, de imprescindible recuerdo: me alegra el herrero y me voy a entretener en devolverle a su esposa como un metal. Hay que hacer primero túnel y después salida. Yo tengo el aceite del túnel, no preveo la salida que Dios tiene que ayudar. Hay un aceite de nueces de Ipuare, en el Brasil, que es caliente y abre brecha e inicia el recorrido. Con esa dinamita aceitada su pelota desaparecerá, no desaparece, va hacia dentro, buscando una salida. Se lo pone una semana, dejando caer la gota de aceite hirviendo a la misma altura donde cayó la gota de sangre. Después, vuelva. Algo tiene que ocurrir. Ya no se espera que algo ocurra. Antes, cuando tocaban la puerta, se sentía que podía ser Dios. Ahora se piensa que sea un cobrador y no se abre. Mientras se aplica el aceite hirviendo, tiene que tocarla su esposo todos los días. Ya tiene túnel, ahora espere salida.

Se sentía penetrada, la penetración estaba en tan mínima dosis en su recorrido que no sentía dolor. El topo seguido de la comadreja, el oso hormiguero seguido de una larga cadena la recorrían. Buscaban una salida, mientras sentía que la protuberancia carmesí se iba replegando en el pozo de su cuerpo. Un día encontró la salida: por una carie se precipitó la protuberancia. Desde entonces empezó a temblar, tomar agua — orinar — tomar

agua, se convirtió en el terrible ejercicio de sus noches. Estaba convencida que había sanado ¿acaso no había visto ella misma a la protuberancia caer en el suelo y desaparecer como una nube que nunca se pudo ver? Tuvo que ir de nuevo a ver al negro Tomás. Hubo túnel y salida, le dijo, ésta la ganó usted. Yo no podía prever que una carie sería la puerta. Ahora le hace falta no el aceite que quema, sino el que rodea la mirada. Yo no podía ver a una carie como una puerta, pero conozco ese aceite de calentura natural que se va apoderando de usted como un gato convertido en nube. Vaya a ver al negro Alberto, y él, que ya no baila como diablito, le ofrecerá los colores de sus recuerdos, las combinaciones que le son necesarias para su sueño. Usted fué recorrida por animales lentos, de cabeceo milenario. Ahora salga, siga con sus pasos la lección que le va a dictar su mirada. Tiene que convertir en cuerda floja todo cuanto pise.

Fué a ver al negro Alberto. Vivía en una casa señorial de Marianao, la casa solariega de los Marqueses de Lombato había declinado lentamente hacia el solar. En 1850, los Marqueses daban fiestas nocturnas, maldiciendo la llegada de la aurora. En 1870, se había convertido en una casona gris de cobrar contribuciones. En 1876, era el estado ciudad de un solar de Marianao. Ahora se guardaba una colilla para ser fumada tres horas después, en el blasón de una puerta de caoba. La pila bautismal recibía diariamente la materia que hace abominables a las paja-

reras. El negro Alberto estaba sentado en una pieza que tenía la destreza de trabajo de un sillón Voltaire con la destreza simbólica de un sillón Flaubert. Al verla se levantó para otorgarle las primeras palmatorias.

Ya hubo túnel, le preguntó con una solemnidad jacarandosa. Con una elasticidad madura que guardaba la enseñanza de sus gestos.

Lo hubo y la carie sirvió de puerta. Pero a pesar de que yo vi, estaba muy despierta, rebotar la bolita contra el suelo que todos los días abrillanta, no me siento bien y sufro.

Alberto había sido diablito en su juventud. Cuando era adolescente bailaba desnudo, a medida que recorría los años iba aumentando su colección de túnicas. Cuando se retiró mostraba sus colecciones a los enviados por el negro Tomás con fines curativos. Transcurría diseñando los vestidos que ya no podía ponerse para ninguna fiesta, y su mujer costurera copiaba como si en eso consistiese su fidelidad. Algunos se complicaban en laberintos de hilos, sedas y cordones, que rememoraba a Nijinsky entrevistado por Jacques Emile Blanche. Otros se aventuraban en el riesgo sigiloso de dos colores contrastados con una lentitud de trirreme. Los fué entreabriendo en presencia de la esposa de Sofonisco. Las correas con campanillas que ceñían sus brazos y piernas estaban invariablemente resueltas siguiendo las vetas de oro en el fondo verde oscuro del cobre. Las más retorcidas combinaciones dejaban impá-

vida a la mujer del griego. Parecía que ya Alberto tocaría el final de su colección de túnicas y ni él se intranquilizaba ni la visitante mostraba la serenidad que había ido a rescatar. Por fin, mostró entre las últimas túnicas, la lila que mostraba grabada en sus espaldas una paloma. Los collares que ceñían sus brazos y sus piernas ya no eran circulares. En la boca de la paloma no se observaban ramas de trigo o de aceitunas, sino muy roja, mostraba su boca en doble rojez. Alberto anotó fríamente en su memoria: blanco, lila y rojo. Como quien vuelve del sueño aparta los pañuelos que se le tienden, la esposa del herrero dijo: ya estoy en la orilla.

Fué a pagarle los servicios suntuosos del negro Alberto. Recordó lo horrible que era para ella cobrar, llevar a su casa aquella enorme pierna de res. Pensó que pagar era como lanzar una maldición a un rostro que no la había provocado.

No busque, le dijo Alberto, coja el hueso de la pierna y entiérrelo. Recuérdalo, pero no lo mire. La ironía del túnel es la paloma, siempre encuentra salida. Yo creí que había que despertarla, pero su propia sangre la llevaba a poner la mano en un cuerpo blanco. La paloma blanca y la lengua roja colocan su mirada en lo cotidiano de la mañana.

Sin embargo, le contestó, el negro Tomás me aconsejaba que Sofonisco me tocara y yo comprendía que él me tenía miedo. Me pasaban cosas extrañas y él huía. Me abrazaba, pero mostraba en el fondo de sus averiguaciones carnales una

indiferencia, como si me hubiese convertido en una imagen desatada de la carne. Ahora me recordará con más precisión y podré caber de nuevo dentro de él sin atemorizarlo. Entonces se sacó del seno un hilo que el negro Alberto, siempre avisado, fué tirando, cuando todo el hilo estaba desconcertado por el suelo, lo cogió y lo lanzó en la saya de su mujer que seguía cosiendo, recorriendo mansamente sus diseños.

Habían pasado los años que ya mostraba el hijo de Sofonisco y el pitagórico siete se mostraba con el ritmo que golpeaba la pelota contra el suelo. Su frenesí lo llevaba a golpear tan rápidamente que parecía que en ocasiones la pelota buscaba su mano como si fuera un muro, con la confianza de ser siempre interrumpida. Otras veces, después de tropezar con el suelo la pelota se levantaba como si fuese a trazar la altura de un fantasma imposible. La madre contemplaba con una lánguida extrañeza aquel frenesí de su hijo. Crecía, se volvía rojo como cuando el padre martillaba las chispas. Parecía estar ciego en el momento en que le pegaba a la pelota contra el suelo y luego casi con indiferencia no recobraba el orgullo de la mirada al ver la altura alcanzada. Al alcanzar una altura increíble para el golpe de su pequeña mano, alcanzó una altura misteriosa que ya más nunca podría rebasar. La pelota vaciló, recorrió una canal invisible y al fin se quedó dormida en la pantalla de grueso cartón verde que cubría el bombillo. La madre del nuevo Sofonisco, se movilizó

jubilosa para entregarle a su hijo la alegría del reencuentro. Como si hubiese resuelto la invención de poblar el aire de peces, fué al patio y cogió la vara que alzaba a la tendedera lo más alto posible de las manchas de la tierra. Le dió un golpe muy ligero a la pelota para que rodase por la pantalla. No pudo prever la velocidad devoradora que adquiriría la pelota, muy superior a la huída de sus piernas. Le cayó en la nuca. El niño escondió la pelota para que llenase el mismo tiempo que le estaba dedicado al día siguiente. El herrero se fué a dormir, sus músculos estaban muy espesos por su ración diaria de martillazos y necesitaba del aceite flexible del sueño. El niño necesitaba esconder algo para dormirse. Ella ocupó su lugar: dormir sin despertar al que estaba a su lado. Soñó que por carcer de piernas, circulizada, se movía pero sin poder definir ningún camino. Con una lentitud secular soñó que le iban brotando retoños, después prolongaciones, por último, piernas. Cuando iba a precisar que caminaba se encontró la entrada de un túnel. Ya ella sabía, el sueño era de fácil interpretación llevado por sus recuerdos y se sintió fatigada al sentirse la más aburrida de las aburridas.

Dejó el sueño en el momento en que entraba en el túnel, pero al despertar se llevó la mano a la nuca y allí estaba de nuevo la protuberancia carmesí. Ya está ahí, dijo, como quien recibe lo esperado.

Viene como siempre, contestó Sofonisco despertándose, a hacer su mal y lo peor es que tenemos que salir con él.

Cualquiera que se quede sin el otro hasta el último momento, hasta entrar, es el que no podrá recordar.

Hay que averiguarlo, seguirlo, dijo ella, ya es la segunda vez y ahora viene a destruir como quien trabaja sobre un cuerpo relaxo que no tiene prolongaciones para atraer o rechazar. *Puerta, túnel, carie, la paloma encuentra salida*, todo eso está ya desinflado. Y no sé si el negro Tomás al surgir el nuevo hecho en la misma persona no se distraerá, fingirá que se pone al acoso para descansar. Yo misma he borrado la posibilidad de la sorpresa que mi cuerpo recién lavado puede ofrecer. Me veo obligada a recorrer un camino donde los deseos están cumplidos.

Sí, dijo Sofonisco, que ya no se rodeaba de un halo de chispas, pero eso sucede delante de mí y no puedo contemplar un espectáculo tan terrible sin ver las contradicciones que recibo cuando estoy dormido y siento que te acuestas a mi lado.

Entonces, dijo ella, tengo que buscar tu salud y aunque estoy ya convertida en cristal, tengo que girar para que tus ojos no se oscurezcan.

De pronto, cuando llega el cangrejo, dijo el herrero tiritando, me veo obligado a retroceder y ya no puedo tocarte. Cuando tú luchas con esas contradicciones que te han sido impuestas, me asomo y veo que lo que me transparentaba se borra, que es necesario reencontrarlo después de un paréntesis peligroso. Aunque ya tú no tengas curiosidad, me es necesario comprender una destreza, la forma

que tú adquieres para caer en tu separación de mi cuerpo. Esa monotonía que tú esbozas, esa impertinencia para comprobar tus deseos, revela un endurecimiento que yo disculpo, pues en los caminos que te van a imponer, requieres una gran opacidad, ya que la luz te iría reduciendo, descubriéndote en un momento en que ya tú no puedes ser conocida por nadie.

Ah, tú, silabeó la esposa, ahora es cuando surges y ya no necesitas tocarme. Cuando surge ese escorpión sobre mi cuerpo te entretienes con los esfuerzos que yo hago para quitármelo de encima. Cuando veas que ya no puedo quitármelo entonces empezará tu madurez. Al día siguiente, con la flor del aretillo sobre el seno, fué a ver al negro Tomás.

Atravesó la bahía. El negro la situó entre una esquina y un farol que se alejaba cinco metros. Precipitadamente le dejó el frasco con aceite y el negro se hizo invisible. La esposa del herrero distinguió círculos y casas. El semicírculo de la línea de la playa, el círculo de los carruseles que lanzaban chispas de fósforo y latigazos, y más arriba las casas en rosa con puertas anaranjadas y las verjas en crema de mantecado. Negros vestidos de diablito avanzaban de la playa a los carruseles y allí se disolvían. Empezaban desenrollándose acostados en el suelo, como si hubiesen sido abandonados por el oleaje. Se iban desperezando, ya están de pie y ahora lanzan gritos agudos como pájaros degollados. Después solemnizan y cuando están al lado de los carruseles las voces se han hecho duras,

unidas como una coral que tiene que ser oída. Los carruseles como si mascasen el légamo de ultratumba cortan sus rostros con cuchilladas que dejan un sesgo de luna embutanada con hollín y calabaza. La calabaza fué una fruta y ahora es una máscara y ha cambiado su ropa ante nuestro rostro como si la carne se convirtiese en hueso y por un rayo de sol nocturno el esqueleto se rellenase con almohadas nupciales. Aquellas casas girando parecen escaparse, y golpean nuestro costado. Es lo insaciable; los diablitos avanzan hasta los carruseles y éstos lo rechazan otra vez y otra hasta la playa. Los soldados momificados soportan aquella lava. Uno saca su espada y surge una nalga por encantamiento y pega como un tambor. Un negrito de siete años, hijo de Alberto el de las túnicas, vestido de marinero veneciano, empuña un papalote para conmemorar la coincidencia de la espada y la nalga. La esposa, portadora del cangrejo, acostumbrada a las chispas del herrero griego, retrocede de la esquina hasta el farol. Cuando los diablitos son botados hasta la playa, ella avanza cautelosamente hasta la esquina. Cuando los diablitos llegan hasta los bordes del carrusel, ella retrocede hasta el farol. Sintió pánico y la voz le subía hasta querer romper sus tapas, pero el cangrejo que llevaba en la nuca le servía de tapón. Las grandes presiones concentradas en los coros de los negros se sintieron un poco tristes al ver que nada más podían trasladarla de la esquina hasta el farol. Y a la limitación, a la encerrona de su pá-

nico oponían la altura de sus voces en un crecento de mareas sinfín. Después supo que un poeta checo que asistía para hacer color local, acostumbrado a los crepúsculos danzados en el Albaicín, había comenzado a tiritar y a llorar, teniendo un policía que protegerlo con su capota y llevarlo al calabozo para que durmiese sin diablos. Al día siguiente, las páginas de su cuaderno lucían como pétalos idiotas entre el petróleo y la gelatina de las tambochas, devueltas por los pescadores eruditos a las aguas muertas de la bahía.

Y más allá de los carruseles, las casas pobladas hasta reventar, con las claraboyas cerradas para evitar que la luz subdivida a los cuerpos. Bailándole a las esquinas, a los santos, al fango tirado contra cualquier pared, en cada casa apretada se repite la caminata de la playa hasta el carrusel. De pronto, un cuerpo envuelto en un trapo anaranjado es lanzado más allá de las puertas. Los soldados enloquecidos lanzan tiros como cohetes. Pero las casas cerradas, llenas hasta reventar, desdeñan el fuego artificial. "Aquí te encontré y aquí te maté." Y la cuchillada... Ah... La esposa del herrero siente que le clavan la cabeza y retrocede hasta el farol. Pasan por encima de ella, como en un asalto, todo el botín de la fiesta. Recibe una claridad, la mañana comienza a acariciarla. Empieza a sentir, a recuperar y sorprende que el frasco de aceite del Brasil hierve queriendo reventar. Cree que aún separa a los grupos, pide permiso y nadie la rodea. La lancha que la devuelve como única tripulante, le permite un sue-

ño duro que galopa en el petróleo. Sale de la lancha con pasos raudos, como si la fué a tripular de nuevo. Cuando llega a su casa percibe a su esposo y a su hijo respetuosos de las costumbres de siempre. Y lleva el aceite hirviendo hasta su nuca. Ya encontró camino, le dice de nuevo el negro Tomás cuando lo visita, y saldrá más allá del túnel. Por la mañana lanza de nuevo la protuberancia carmesí. Ahora ha saltado por el túnel de la cuenca del ojo izquierdo. Pero la zozobra que la continúa es insoportable. El esposo alejado de ella, en una soledad duplicada se lleva de continuo el índice a los labios. Y aunque está solo y muy lejos de ella, repite ese gesto, que la vecinería a su vez comenta y repite. Y el hijo, más huraño, antes de entrar en el sueño, se obstaculiza a sí mismo en tal forma que la pelota rueda como si fuese agua muerta o una cucaracha despreciada cuyo vuelo es seguido con indiferencia.

¿Qué les pasa a ustedes?, dice después de la sobremesa, lanzándole la pelota a su hijo que la deja correr, importándole nada su desenvolvimiento.

Estás en vacaciones, ahora se dirige al esposo, para ver si tiene mejor suerte, no quieres hacer nada y las monturas de hierro van formando por toda la casa una negrura que será imposible limpiar cuando nos mudemos.

Nos mudaremos, le contesta casi por añadidura y los hierros se quedarán, ya con ellos no se puede hacer ni una sola chispa. Me gusta más ver una luciérnaga

de noche que arrancarles una chispa a esos hierros de día.

Ahora, le decía días más tarde el negro Tomás, no puedo predecir el combate de la golondrina y la paloma. Ni en qué forma le hablarán. Sé que la golondrina no puede penetrar en la casa y conozco la sombra de la paloma. Sin embargo, una golondrina se ostinará en penetrarla y la paloma le hará daño. Siempre que pelean la golondrina y la paloma se hace sombra mala.

Buscaba la huida de su casa. Con un paquete a su lado, por si tenía que permanecer en los parques a la noche, mostraba aún sobre su seno la flor del aretillo. En varias ocasiones la flor rodaba, queriendo escapársele, pero su indiferencia aun podía extender la mano y recuperarla. Su atención fué indicando los carros de golondrinas que borrraban las nubes. No era su intención, hasta donde su mirada podía extenderse, poner la mano en el cuello de ninguna de ellas. El verso de Pitágoras, *domesticas hirundines ne habeto*, que aconseja no llevar las golondrinas a la casa, existía para ella. Observaba sus perfectas escuadras, sus inclinaciones incesantes y geométricas. Apenas pudo hacer un vertiginoso movimiento con la mano derecha para ahuyentar a una golondrina que se apartaba de la bandada y había partido como una flecha marcada a hundirse en su rostro. Rechazada, volvió un instante a la estación de partida como para no perder la elasticidad que la lanzaba de nuevo, como el rayo se hace visible mientras la nube retrocede.

Aterrorizada asió a la golondrina por el cuello y comenzó a apretarla. Cuando sintió la frialdad de las plumas, asqueada abrió las manos para que se escapase. Entontada, el ave ya no tenía fuerza para alejarse y la rondaba a una distancia bobalicona. Le hacía señas y gritos a la golondrina para que huyese, pero ella insistía, idiotizada como en las caricias de un borracho. Tuvo que huir volviendo el rostro para asegurar que el ave ya no tenía fuerza para perseguirla. A la otra mañana, como sucede siempre en la vergüenza de la conciencia, repasó aquel sitio donde se había manifestado el conjuro. Al lado del paquete, la golondrina lucía con sofocada torpeza la última frialdad. Pudo oír los comentarios de las esquinas que le indicaban que la golondrina había hecho esfuerzos contrahechos para acercarse al paquete. Esa misma noche soñó, mientras el herrero y su hijo guardaban de ella una distancia regida por la prudencia: la golondrina era de cartón mojado; el rocío había traspasado los papeles del paquete y algodónado los cordeles que lo custodiaban. Dentro, un niño gelatinoso, deshuesado en una herrería que manipulaba con martillos de agua, ofrecía su ombligo con una protuberancia carmesí para que abrevase el pico de caoba de la golondrina.

Después de tanto guerrear había ido volviendo a sus paseos del crepúsculo. Tuvo deleite de atar dos recuerdos, entremezclándolos y separándole después sus pinzas irónicas. Creían que la habían dejado serena, no la huían, pero ya a su lado

nada se ponía en marcha para su destino o su sentido. Creía recordar las cosas que pasaban a su lado con una dureza de araño. Alejaba tanto el rostro que se le acercaba o la mano que se le tendía que los gozaba como una estampa borrosa. Podía reducir el cielo al tamaño de una túnica y la paloma que le echaba la sombra a la otra inmovilizada con su lengua de rojez contrastada en la túnica lila. Gozaba de una sombra que le enviaba la paloma que no se acerca nunca tanto

como la golondrina cuando está marcada. La luz la iba precisando cuando ya el herrero y su hijo no sentían el paseo del cangrejo por su nuca o por el seno que había impulsado con levedad acompasada la flor del aretillo. El cangrejo sentía que le habían quitado aquel cuerpo que él mordía duro y que creía suyo. Le habían quitado aquel cuerpo que él necesitaba para lo propio suyo, semejante al enconado refinamiento de las alfombras cuando reclaman nuestros pies.

JOSÉ LEZAMA LIMA

NOTA

Los poemas de St. John Perse y T. S. Eliot, se publican autorizados por sus autores.

ÍNDICE

	Pag.
St. John Perse: <i>Lluvias</i>	3
María Zambrano: <i>Los males sagrados: la envidia</i>	11
T. S. Eliot: <i>East Cooker</i>	21
Lydia Cabrera: <i>Jicotea esta noche fresca</i>	28
Angel Gaztelu: <i>Suite Ecuestre</i>	32
José Cárdenas Peña: <i>Sonetos</i>	35
Oscar González Hurtado: <i>Sonetos a la ceiba</i>	36
José Lezama Lima: <i>Cangrejos, golondrinas</i>	37

Biblioteca Nacional JOSÉ M. RT:
HEMEROTECA
DUPLICADO

SUSCRIBASE A LA REVISTA

Sur

Dirigida por VICTORIA OCAMPO

San Martín 689, Buenos Aires, Argentina

•
PRESENTA LOS MAS SELECTOS ESCRITORES

Ediciones

O R I G E N E S

Publicados:

José Lezama Lima: *Aventuras sigilosas*

Eliseo Diego: *Divertimentos*

Cintio Vitier: *De mi provincia*

De próxima publicación:

Angel Gaztelu: *Cifras de la Granada*